

La Clave

DIARIO ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Salamanca: un trimestre, 3'50 pesetas.—Fuera de la capital, 4 Anuncios, reamos, comunicados, etc., á precios convencionales.—Pago anticipado.

Año II

Núm. 53

SALAMANCA 7 DE ENERO DE 1898

Número suelto CINCO céntimos

DIRECCION, REDACCION Y ADMINISTRACION

LEONES, 4 Y 6

NO SE PUBLICA LOS DIAS FESTIVOS.—TODA LA CORRESPONDENCIA Á LA DIRECCION

Sección literaria

AMOR DEL CIELO

(Conclusión)

A Teresita Fernández

(FRAGMENTO)

—¡Pobre Purita!.. Yo también sueño contigo cuando duermo, y cuando estoy despierto yo no sé qué pasa por mí, que no pienso más que en tí: si estudio, te veo en las hojas de mis libros: si medito, solo me viene á la imaginación tu nombre: si miro al cielo, no veo nada en él más que tu imagen: si bajo al jardín, me parece que estás en medio de las flores más bellas ¡tan cariñosa tan buena!.. Y no me acuerdo de las otras niñas, me fastidian, porque tu sola me entiendes, me dá gusto que me mires y que me hables... ¡y eres tan bonita que... vaya... las demás niñas parecen bobas!.. y no quiero más que estar contigo, estudiar para tí, y que tu me quieras, que estés contenta con migo, y me ofende la brisa que ondea tu hermosa melena, y quiero ser el aire que respiras, la luz que brilla en tus ojos, el alma de tu alma... y mira... hoy tengo una ira!.. no sé por qué me hace sufrir ese ramo de flores que tienes prendido en el pecho... es más feliz, tiene mejor suerte que yo... él ahí... tan cerca de tu corazón... y yo tan lejos... ¡ay!.. tu le miras más que á mí... y le acaricias... ¿Acaso te querrán esas flores más que yo?.. ¡Y estás tan mona con él!.. ¡Vamos!..

—¿Qué?, dijo Purita llena de infantil gracia y natural coquetería. ¿No quieres que le tenga?.. ¿Te dá envidia?.. ¡Tonto!.. Pues mira, cuando mamá me lo prendió, me alegré mucho y dije para mí: este ramo tan bonito se le dará á Eduardo... ¡Nunca tengo nada que darle!.. ¿Y ves?.. dijo arrancándole... Este ramo que tanta envidia te dá es de Purita y Purita te le dá á tí. ¿Le guardarás por ser mio?..

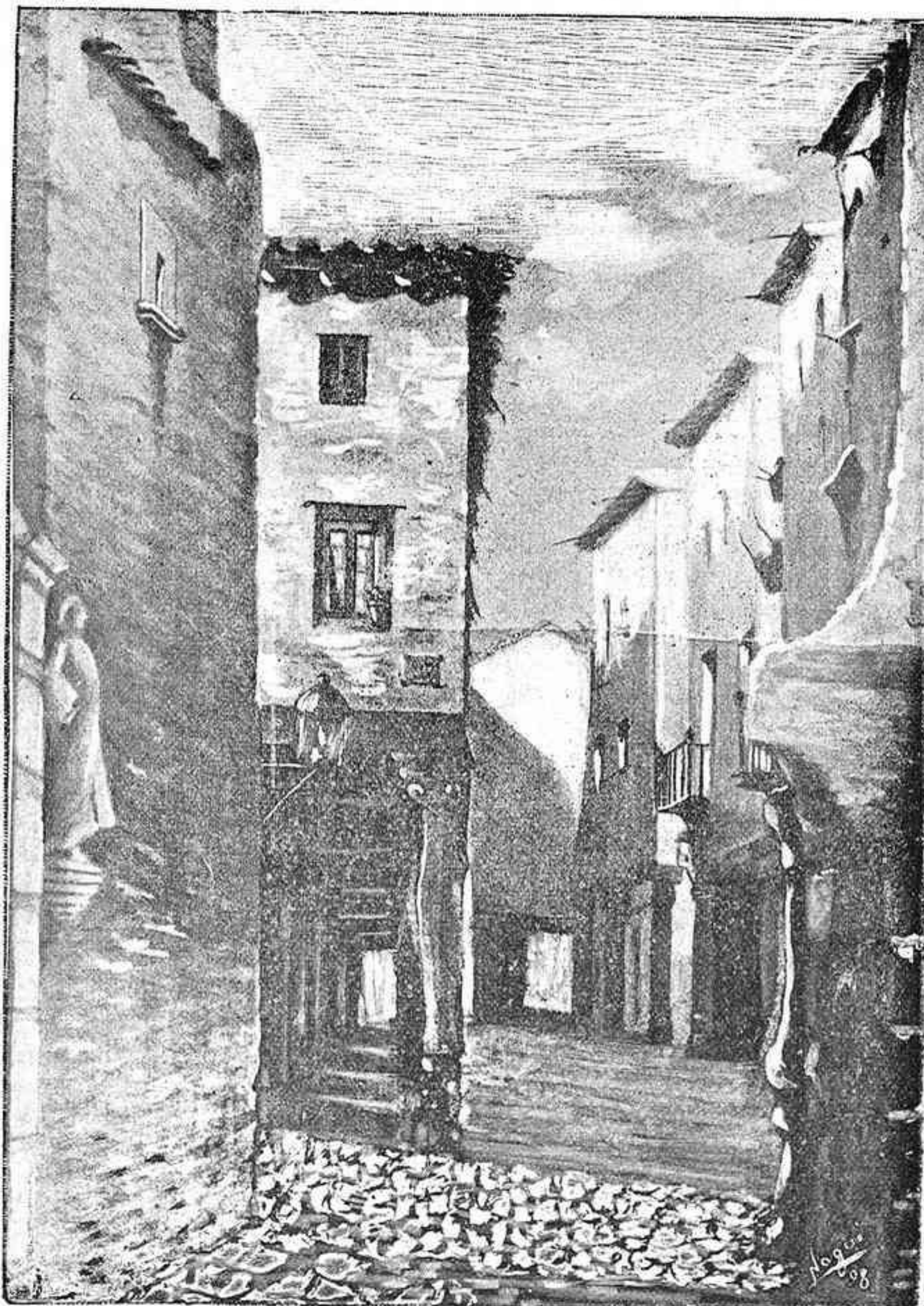
—¿Sí?..

Y los otros niños se acercaron entonces á los dos jovencitos y los distrajerón con sus risas y sus chanzas.

Pura volvió al lado de su madre, ésta le preguntó por el ramo, y ella, muy contenta, con la naturalidad de la infancia, contestó:

—Se le he dado á Eduardito para que le guarde... ¡Le gustó tanto y se puso tan triste al verle!..

Santa Coloma de QUERALT (Tarragona)



Vista de la calle Mayor en el Siglo XVII

Patria de los condes de Recosens.

Y así transcurrió algún tiempo; Eduardo y Purita amándose: sus padres educándoles y haciéndoles creer en el temor de Dios: y Eduardo terminó su carrera y un día se presentó á Purita con las insignias de guerrero y cariñoso, gallardo, enamorado, orgullo del cuerpo á que pertenecía y pensando siempre en Dios, á quien respetaba, y en Pura á quien amaba con el impulso inocente, inmaculado del primer amor. Y Purita creció, se hizo una doncella ideal, como los sueños del poeta, hu-

milde como la violeta sencilla, pura con la pureza de los querubines, enamorada también de Dios y de la virtud, encanto de la villa, madre amantísima de los pobres, azucena blanquísima brotada del seno de una familia que ante todo la enseñó á ser santa. Y con la inocencia misma y virginal pureza de los primeros años, Purita y Eduardo se unieron en lazo eterno, bendecido por el cielo, envidiado en la tierra, que aquel día celebró con júbilo sin igual, los desposorios de aquellas dos almas, la del

noble y linajudo y rico y opulento heredero, y la de la humilde pobre, hacendosa hija del trabajador; y al tiempo que el corazón bondadosísimo de los esposos se deleitaba en los dulces efluvios del amor, lucía el sol en el cénit con toda su brillantez, y las mujeres del pueblo lloraban lágrimas de ternura y de alegría al ver la felicidad de la gentil pareja que, engalanada con las vestiduras nupciales, salía del templo, donde, al darles la bendición sacramental, pareció oírse un himno melodioso y sublime, entonado allá, delante del trono de Dios, por millares de ángeles, al compás de sus cítaras de oro.

Después de esto había unos párrafos cortos, escritos á mano; el margen sobre que estaban estampados, todo roto y el escrito dificultoso de leer porque la tinta casi había perdido por completo el color. Yo me empeñé en descifrarlos también, creyendo fueran alguna nota dando noticia del resto de la historia, ó bien otra apuntación sobre cosas que pudieran interesar al asunto que me llevó allí.

Así es que con mucha diligencia y paciencia suma, llegué á entenderlos, siendo mi gozo tan grande entonces, como lo fuera antes, al reconstruir la narración precedente.

Decían de esta suerte aquellos laconicos párrafos; escritos por una mano que, al hacerlo, se dejó guiar sin duda, por la experiencia y el remordimiento.

«Terminada esta lectura, dirigí una mirada escrutadora por el mundo y... ¡qué pocos amores como aquél encontré en toda la tierra!..

Reconcentré luego la mirada dentro de mi mismo, y no pude menos de inclinar la cabeza, cubrir el rostro con ambas manos y tras breve pausa exclamar, levantando los ojos y el corazón al cielo. ¡Oh Dios mio, Dios mio!.. ¡Cuán sublimes y santas son tus creaciones!.. ¡Bendito seas!..

Y luego, bajando la vista al suelo... ¡Oh maldito pecado, que has trastornado las hermosas creaciones de Dios!.. ¡Yo te aborrezco!..»

Y no había más.

Casimiro González García-Yalladolid.

SANTORAL

Santos para mañana.—San Julian, martir; Santa Basilisa, virgen y Santa Marçiana.



CRONICA AL DIA

El discurso pronunciado en la inauguración del Círculo conservador por el Sr. Pidal, ocupó la atención de los políticos, con preferencia á las demás cuestiones del día.

Muchos y diversos comentarios se hicieron sobre este discurso; aun siendo esperado en parte y conociendo de antemano la decisión del Sr. Pidal, se inclinaron por la jefatura del Sr. Silvela.

Los señores duque de Tetuán y Elduayen no estaban conformes con la oportunidad del discurso; el Sr. Linares Rivas lo trataba con más dureza.

Estas y otras opiniones particulares no impiden que la mayoría de los conservadores aplauda la actitud del Sr. Pidal, deseando cuanto antes se llegue á la unión que se pretende con el grupo silvelista.

* *

El próximo Consejo de ministros es posible que se aplase hasta el viernes próximo, á menos que un asunto perentorio no hiciera necesaria la reunión, cosa que no se espera, porque hasta ahora el Gobierno no tiene asuntos urgentes que resolver.

Sobre los sucesos más salientes de actualidad y algunos asuntos de política interior, conferenciaron con el Sr. Sagasta varios prohombres del partido liberal, contándose entre ellos el señor marqués de la Vega de Armijo y el Sr. Gamazo, quienes además de Cuba y otros asuntos de importancia, parece que hablaron de la disolución de las Cortes y de la fecha probable de las futuras elecciones.

Sin que se pueda afirmar nada, se supone que para últimos de Febrero ó primeros de Marzo serán elegidas las nuevas Cortes.

* *

Los Sres. Puigcerver, Eguilior y director del Tesoro, Sr. Oya, conferenciaron ayer en el ministerio de Hacienda, ocupándose en ultimar los detalles para la emisión de obligaciones con la garantía de la renta de Aduanas, acordada en Consejo de ministros.

El gobernador del Banco, Sr. Eguilior, ha ofrecido las mayores facilidades para que el ministro de Hacienda vaya teniendo recursos á medida que los necesite. Contando con este apoyo el Sr. Puigcerver, empezará en seguida á mandar fondos á Cuba.

* *

La protesta del general Weyler contra el Mensaje de Mac-Kinley, que por encontrar en ella materia penable había pasado al Consejo Supremo de Guerra y Marina, pasó ayer al dictamen de los fiscales militar y togado, y se cree que en muy pocos días estará terminado el informe.

En los centros oficiales se asegura que el tribunal militar opina como el Consejo de ministros en cuanto á encontrar materia penable en la protesta de Weyler.

Este salió para sus posesiones de San Quintín de Mediodía, en Barcelona, sin comunicar su viaje más que á sus amigos íntimos.

A la colonia mallorquina, que organizaba un banquete en su honor, le manifestó el deseo de que fuera aplazado hasta su regreso de Barcelona, á fines de Enero, y después de saber la resolución del Consejo de Guerra y Marina.

Nuestro representante en Washington, señor Dupuy de Lome, ha enviado un telegrama al Gobierno asegurando que son falsas las noticias circuladas respecto á salidas de expediciones filibusteras, y dando cuenta de la detención en Jacksouville del crucero *Davoutless*, que intentaba salir con pretexto de probar la máquina.

* *

Entre los silvelistas que van de Madrid á Badajoz para inaugurar el nuevo Círculo de aquella población, figuran los Sres. Villaverde (D. Raimundo), Rancés, director de *El Tiempo*; marqués de Portago, Ferreras (D. Manuel), Martín Luna, Linares Astray, conde de San Simón, Cavestany, conde de Vía Manuel, marqués de Barzanallana, Ruiz (D. Gustavo), Silvela (D. Eugenio y D. Agustín) y Pérez de Guzmán (D. Luis).

El discurso que allí pronunciará el Sr. Silvela contestando al del Sr. Pidal, es muy esperado por los conservadores de todos matices.

CURIOSIDADES

Tinta para escribir sobre el cristal.

Parece que en los Estados Unidos circula bastante la llamada «Tinta diamante», con la cual se puede escribir sobre el cristal empleando una pluma común, y quedando grabados los trazos en la superficie de aquél. Esta tinta, que

puede ser muy útil para roturar toda clase de cristal, se compone, según afirma un estimado colega extranjero, de tres partes de sulfato de barita, una de fluoruro de amoníaco y ácido sulfúrico en cantidad bastante para descomponer la última de aquellas substancias y dar á la mezcla una consistencia semifluida.

Si se desea conservar esta tinta en una botella de vidrio ó cristal, es menester revestir interiormente el recipiente con una capa de parafina, cera ó goma elástica.

La preparación debe hacerse en un recipiente de suela, y para la conservación conviene usar un frasco de esta última substancia ó de goma.

El signo de Caín.

En un artículo que con este mismo título ha publicado Mr. Edward Wakefield en una revista inglesa, trata de la criminalidad en los Estados Unidos, ó mejor dicho, de la propensión de los americanos del Norte, de los americanos antiguos más que de los inigrantes, á matar con ó sin premeditación por el motivo más fútil y á veces sin motivo alguno. Esto autoriza á Lowell para decir que los americanos adoran el olor de la sangre.

El número de los homicidios cometidos con violencia ha más que duplicado en proporción de la población desde 1850; el año de 1890 ha sido el más recargado... ¿Qué causas ó qué circunstancias han influido en el desarrollo de esta tendencia á matar por nada á toda persona enemiga, odiosa molesta ó de quien se sospeche?

Mr. Edward Wakefield asigna tres orígenes á esa inclinación: la esclavitud, la guerra y la impotencia de la ley en el sistema federal de gobierno. Pero como la esclavitud y la guerra no existen en el territorio de la Unión desde hace treinta años, esas dos causas deben ser descartadas y concretarse á la tercera: la sustitución de la ley Lynch á la ley escrita, al Código penal.

El desprecio á la insuficiencia de la ley positiva, es seguramente una causa real, pero secundaria. En ella puede contarse el individualismo excesivo, el mercado de votos, especulaciones y fraudes, lujo desenfadado, pasión del juego, irregularidades financieras, corrupción política, organización viciosa de la justicia, etc. El americano ha exterminado casi á los pieles rojas y á los búfalos; pero aún conserva perenne el gusto de la sangre. El mismo reconoce su tacha, el signo de Caín impreso sobre su frente; mas cree absolverse diciendo que pertenece á un país nuevo. Mr. Wakefield reduce á la nada ese sofisma, haciendo observar que la nueva Zelanda, sometida á los ingleses desde hace sólo cincuenta años, no tiene necesidad más que de media docena de agentes de policía armados con su bastón para gobernar el país.

En los Estados Unidos, donde el crimen es tan común, pocas personas son enviadas á la cárcel por sentencia judicial: la canalla hace de ley, y desde Río Grande al Penobscot, vierte sangre impunemente arrojando sus crímenes sobre los pobres inmigrantes.

ORO MOLIDO

En un almacén de paños de la calle de Pontejos, almacén que ya no existe —desapareció hace tiempo,— vivían, ya desde antiguo, dos dependientes muy viejos, enriquecidos á fuerza de ser unos usureros.

Prestaban con escritura al... ¡sesenta y seis por ciento! Los odiaba todo el mundo.

Pues los avaros aquellos no tenían más que arrugas en la epidermis y... huesos. La epidermis les colgaba, que las carnes... *volaverunt*. Don Ventura de la Vega, que de joven fué travieso, penetró en el almacén, y llamando con estrépito, dijo:—¡A ver, que tengo prisa; unas copas de lo añejo, del Valdepeñas mejor; pero prontito, corriendo.

—Señor, esto no es taberna— le contestó el más decrepito;— es un almacén de paños. —Tiene usted razón; ya veo... Por taberna lo tomé. —Pero, ¿por qué, caballero? —Pues porque desde la calle... NO SE VEN MÁS QUE PELLEJOS.

Rafael María Liern.

NUESTROS PERIODISTAS



J. García Plaza.

Redactor del *Heraldo* de Madrid.

ENTREFILETS

El colmo de la publicidad.

En un epitafio:

«Aquí reposa la señora de M..., jardinero que cuida piadosamente su tumba, y que se encargó del cuidado de otras á precios económicos y por abonos.»

De mil besos que te he dado

no me has devuelto ni treinta...

¡Qué ganas tengo de verte

para que ajustemos cuentas!

No basta tener muchas ideas para ser hombre de talento; así como no basta tener muchos soldados para calificar á uno de buen general.

—¿A qué se dedicaba usted antes de entrar en la milicia?

—Tocaba un instrumento.

—¿De viento ó de cuerda?

—De cuerda, señor; era campanero.

Dos transeuntes:

—Usted dispense, caballero; soy forastero; ¿podría usted indicarme la calle de Bordadores?

—Sí, señor; la segunda á la derecha.

—Muchas gracias, adiós...

—Eh, caballero, caballero! Si es usted zurdo, haga usted cuenta que la calle está á la izquierda.

SABER COMPRAR

No es cara la vida en Madrid; no, señor.

Al que se sabe arreglar, la vida le sale por una friolera; pero cuando el hombre no recapita, como hacen algunos diputados de los nuevos, y se lanza á comprar á tontas y á locas, entonces no hay dinero que le baste.

Yo conozco un diputado de la última hornada que se ha traído de su pueblo veinticinco duros, para emplearlos en ropa fina. ¿Y qué le pasó? Que entre comprarse una americana azul y una chistera, y un par de botas y un bastón, se le fueron los veinticinco duros, y el hombre decía muy apenado:

—¡Qué barbaridad! En este Madrid se va el dinero como agua.

En cambio, hay quien tiene que comprarse un gabán y recorre todas las casas de préstamos conocidas, hasta dar con una que le facilite lo que desee por cuarenta ó cuarenta y cinco reales.

No hace muchos días que un mi amigo manchego adquirió las siguientes prendas por tres duros y dos reales:

Un pantalón de lana dulce y tiro rápido.

Dos corbatas de seda, lazo hecho.

Unas zapatillas casi nuevas.

Y un cornetín de pistón, algo usado.

Todo adquirido en una casa de préstamos que se va á deshacer, y si no se ha deshecho ya, es porque están esperando que dé á luz la dueña, á fin de mudarse y venirse más hacia el centro.

Hay personas que cifran todo su orgullo en comprar más barato que nadie, como le pasa á un tío mío, hombre muy nervioso y algo irascible, que se mete en un almacén de paños y empieza por pedir una silla y sentarse con toda comodidad.

—Sáqueme tela para gabanes— dice con aire de hombre inteligente.—Quiero que sea buena. ¿Sabe usted?

El dependiente coloca sobre el mostrador

seis ó siete piezas de paño. Mi tío, sin levantarse, examina el género, lo frota, lo mira al trasluz, lo estira, lo palpa, lo acerca á la nariz, se lo restriega sobre los párpados, para ver si es suave, y por último pregunta:

—¿A cómo?

—A quince pesetas.

Mi tío se levanta, hace un gesto de desdén, y finge que va á tomar la puerta, no sin decir antes:

—¡Vaya, vaya! Veo que no quiere usted vender.

—Pero venga usted acá y nos arreglaremos.

—¡Hombre! ¡Si me ha pedido usted una exorbitancia!... ¡Abur!

—Oiga usted, caballero; y fíjese usted en la clase.

Mi tío se acerca al mostrador, coge al dependiente por la muñeca, aproximale los labios al oído, y le dice á media voz:

—¿Quiere usted treinta reales?... Y no hablemos más... A mí no me gusta ser molesto.

—¿Está usted loco? ¿Treinta reales por un género como éste?

—Sé yo más de géneros que usted. Esto es Tarrasa.

Enójase el dependiente; mi tío le contesta una barbaridad; chillan ambos; interviene el dueño del almacén, y mi tío dice por último, con voz trémula:

—¿Quiere usted treinta y cinco reales? No doy un céntimo más.

El caso es que mi tío sale de allí con la tela, después de conseguir que le rebajen un duro en vara; y cuando está hecho el gabán, pregunta á los amigos con aire de triunfador:

—Vamos, échese usted á pensar. ¿Cuánto cree usted que me ha costado este gabancito?

—Veinte duros—dice uno.

—Usted, que no sabe regatear, hubiera pagado veinte duros y también veinticinco; ¡pero yo!... Limpíese usted los ojos para ver este gabán, y ahora sepan ustedes que con tela, forros, botones y hechura, me ha costado... ¡ciento once reales con quince céntimos!

¿Puede dudarse de que mi tío compra barato? Pues, ¿y D. Sinforoso, mi compañero de oficina? Ese es atroz.

Hace unos días tuvo que comprar una jaula para un jilguero que le enviaron de Cazorrita, su tierra natal, y se fué á la plaza de Santa Ana.

—¿A cómo son estas jaulitas?

—A cuatro pesetas.

—Hombre, ¡por Dios! no diga usted disparates. ¿Quiere usted dos pesetas?

—No, señor; es precio fijo.

—Pero avéngase usted á razones.

El pajarero le volvió las espaldas y se puso á dar de comer á un loro que está delicado y no quiere coger la comida con su propio pico.

—Oiga usted—gritó D. Sinforoso desde la puerta y haciendo como que se iba.—¿No quiere usted vender?

—Sí, señor; pero no puedo perder el tiempo.

—Vamos, póngase usted en razón. ¿Quiere usted dos pesetas?

—He dicho que no.

—¿Dos pesetas y diez céntimos?

Nueva retirada del pajarero.

—Venga usted acá, hombre, que no ha de tener usted palabra de rey—añadió D. Sinforoso.

Y viendo que el de los pájaros se sentaba en una silla para seguir alimentando al loro con más comodidad, él se sentó también á la entrada de la tienda, y allí se estuvo cerca de media hora, diciendo de vez en cuando:

—Con que ya lo sabe usted: dos pesetas y un perro grande.

El pajarero comenzó á perder la paciencia y acabó por vender la jaula en los ocho reales ofrecidos, dando un empujón á D. Sinforoso y poniéndole de patitas en la calle.

Después decía D. Sinforoso en la oficina:

—Hay que saber comprar y tener constancia. Si no hubiera sido por mi carácter, cualquier día saco yo la jaula en dos pesetas.

Luis Taboada.

En Valladolid había

un astrólogo estudioso,

que un pronóstico famoso

todos los años hacía.

Este tenía un criado

que todo al revés de aquél,

escribía otro papel,

y era siempre el acertado.

Murió el astrólogo en fin,

y el criado no escribió,

y á quien se lo preguntó,

confesó que era un rocín,

y que acertaba después

que al amo contradecía;

que alquimia y astrología

se han de entender al revés.

Lope de Vega.



LA ENHORABUENA

Tenia D. Gaspar fama de hombre soplado y orgulloso. Sus amigos, mejor dicho, sus conocidos, le llamaban á sus espaldas D. Rodrigo en la horca, y no perdonaban ocasión de hacer visible la vanidad de aquel D. Gasparito, pequeño de cuerpo, entrado en años, de mirar altivo y desdenoso, el cual, hablando, parecía un dictador, y al moverse de un lado para otro, por lo majestuoso de su continente, un rey.

A D. Gaspar se le veía en todos los sitios, siempre alternando con gente notable, ó por lo menos gente conocida, que el mérito y la nombradía no suelen ser buenos amigos. Pero el vanidoso nunca dió su brazo á torcer, y ante poetas aplaudidos como ante celebrados pintores; frente á frente de políticos afortunados, igual que cara á cara de hombres de negocios con suerte, siempre se mantuvo tieso; poco expresivo sin pronunciar alabanzas ni cosa parecida.

Uno de sus contertulios, pintor de talento, envió á la Exposición un cuadro y obtuvo un primer premio. Los amigos del artista se desahacían en obsequios hablando con el laureado pintor. Todos le dieron mil parabienes, todos, menos D. Gaspar.

—Pero ¡por Dios! D. Gaspar—dijo uno—¿usted no da la enhorabuena á nuestro contertulio?

—¡Yo! ¡La enhorabuena, yo! A nadie, absolutamente á nadie se la doy, porque nunca ó casi nunca está justificada.

—¿Es que los éxitos no valen nada?

—¿Es que la popularidad no engrandece?

—¿Es que la gloria no causa envidia?

—Despacio, caballeros, despacio. Quiero razonar mi proceder y luego ustedes verán si tengo ó no tengo motivos para recibir con indiferencia las noticias de los triunfos logrados por las personas á las cuales trato.

La enhorabuena suele darse por cumplir, como se dan los buenos días, por pura fórmula, sin que salga del corazón. Se da la enhorabuena á un torero, á un cantante, á un autor aplaudido, á un orador cuando acaba un discurso, á un artista cuando premian su obra; pero es preciso convenir en que las enhorabuenas son siempre la bambolla de los éxitos. Más que enhorabuenas, quieren los artistas producto de sus obras, los oradores puestos eminentes, los autores representaciones de sus obras, los cantantes contratos, y los toreros *guita*, como ellos dicen.

Después de las enhorabuenas suele venir la realidad con cara de hereje, y el hombre que tiene la mano deshecha de apretones, á veces se encuentra en casa, y después de haber saboreado la gloria, dado á todos los demonios. ¿Saben ustedes cuándo daré yo la enhorabuena á cualquier persona? Cuando me encuentre con una que tenga asegurada su felicidad, que se libre del mayor mal de la tierra; con una á la cual le sonría lo porvenir con grandes bienandanzas...—Y se marchó D. Gaspar muy satisfecho de las razones que había expuesto...

En su casa era D. Gasparito peor mil veces que en la tertulia. Vivía con su mujer, ó mejor dicho, su mujer se moría poco á poco con él: tal era el carácter del menudo vanidoso.

En la hora del almuerzo, en la comida, al dormirse y al despertar, para desnudarse y para vestirse, armaba pelotera el marido y dirigía miles de improperios á su mujer. Esta infeliz nunca oyó de los labios del esposo una frase dulce; nunca había recibido de él la más leve prueba de afecto.

En D. Gaspar tenía su compañera un tirano terrible; para ella eran siempre los denuestos, las imprecaciones, las injurias. Y la desventurada sufría todo aquello con santa resignación, sin quejarse jamás, sin maldecir nunca el enlace que la había esclavizado.

Simona, trae aquello. Simona, no seas cerivil. Simona, me empalagas, me apestas. Simona, te odio. Simona, has hecho una barbaridad. Y la infeliz Simona no replicaba, contentándose con llorar á solas amargamente su desgracia. ¡Dicen que las mujeres tienen en la tierra el encargo de llorar lo suyo y de verter también la parte de lágrimas que corresponde á los hombres!

D. Gaspar se retiró enfermo una noche á su casa. Vino el médico, y al verle, empezó á mover la cabeza, como diciendo: «Esto se pone feo.» Realmente una pulmonía, y á los sesenta años de edad, sobre todo, es cosa horrible de veras, y para D. Gasparito lo fué, en efecto. Aquello iba por la posta. A las cuarenta y ocho horas de dolencia el enfermo se moría á chorros, y llegó ese momento en que la agonía se acerca y el paciente se despierta del mundo volviendo los ojos con tristeza á lo pasado y con ansias y dudas á lo porvenir.

D. Gaspar, en sus últimos instantes, llamó á su mujer y le pidió perdón por la conducta que con ella había seguido. Después, con acento entrecortado por la fatiga, pronunció estas palabras:

—Simona, hija mía, te quedas viuda.—Y clavando en ella los ojos, exclamó:

—¡Que sea enhorabuena!

J. Francos Rodríguez.

Lo que desean las lágrimas.

—Cae, cae, gota de agua cristalina—dijo el espíritu que escucha y cumple los deseos de las cosas.—¿Qué deseas ser, gota de agua que caes de la roca?

—Perla—contestó la gota, y se convirtió en blanquísima perla.

—Brilla, brilla, blanquísima perla. ¿En qué deseas convertirte, perla clara?—preguntó el espíritu á la perla que blanquea sobre el cuello de una joven bella.

—En lágrima.

Y la perla se convirtió en gota de llanto.

—Cae, lágrima temblorosa, cae. ¿Qué quisieras ser?—preguntó el espíritu á la gota de llanto que se desprendió de las pestañas, para detenerse en los labios.

—¡Nada! No quiero ser nada—contestó la lágrima.

Y la gota de llanto se desvaneció.

Y no fué nada.

¿Y qué otra cosa mejor hubiera podido ser, después de haber sido la deliciosa expresión del dolor?

Catulle Mendès.

PENSAMIENTOS

El público no da importancia ni la reconoce nunca, sino á aquellos personajes que consiguen *escandalizarlo*; á los portadores de cosas nuevas, los revolucionarios del libro y los revolucionarios del cuadro; aquellas personas que en la marcha y renovación incesantes y universales de las cosas del mundo se atreven á contrariar y poner fin á la peregrina inmutabilidad de las opiniones convencionales que ese público ha encontrado fabricadas como de encargo.

Goncourt.

El excecpticismo no es incompatible con la superstición.

Duque de Aumael.

Los pueblos vencidos son como los ricos arruinados: no tienen amigos.

Chautavoine.

LA MUJER DE MI ALMA

Yo llevo en mi alma—su imagen grabada; yo llevo en mis ojos—su dulce mirada; yo aspiro su aliento—como una oleada de esencias de flores—del suelo andaluz.

Do poso mi planta—contemplo la huella; do miran mis ojos—me miran los de ella; la veo en el cielo—vestida de estrella; la veo en la sombra—vestida de luz;

la veo en la playa—mecerse en la bruma; la veo en las olas—con manto de espuma, y siento sus pasos—de mí en derredor;

la veo en la nube—que flota en el cielo; temblar en las fuentes—cual busto de hielo; nacer con la aurora;—vivir con la flor.

Rocío es su llanto;—su voz melodía; su risa concierto—de luz y alegría, aurora que anuncia—la vuelta del día borrando las sombras—del cielo y del mar.

Es ámbar purísimo—su seno adorado; de nácar su cutis—aterciopelado; de lirios y rosas—su pie delicado, sus manos nevadas—son flores de azahar;

su imagen me llena—el alma y el pecho; entorna mis párpados—si estoy en el lecho, y arrulla con besos—mis sueños de amor...

Su vida es mi vida;—mi anhelo su anhelo, y siento su espíritu,—reflejo del cielo, inundar mi espíritu—de luz y calor.

Alfonso Tobar.

“NOVELERÍAS,”

Manolo Castro, que es un chico tan elegante como ilustrado, ha publicado un tomo de artículos, muy bonito.

El mejor elogio de *Novelerías* es copiar al azar alguno de los trabajos que contiene el tomo.

Juzguen ustedes... y compren el libro: es un buen consejo.

Ahí va:

LA MUÑECA

Doña Esperanza era todavía una mujer hermosa. A los diez y nueve años se casó enamorada de Luis, que á sus ojos era el teniente más guapo y que con más gallardía llevaba el uniforme de todos cuantos lo visten en el Ejército español.

MODAS



Traje para calle.—De paño gris acero. Falda lisa y chaquetita ajustada, cuyo adorno consiste en dos filas de botones de acero y dos solapas cruzadas de piel de seda gris perla. [Mangas semihuecas. Toca de felpilla gris, adornada con un grupo de violetas y un pájaro fantasía. Tela necesaria para el traje; siete metros de paño y 50 centímetros de piel de seda.

La Última Moda.—Aparece todos los domingos, publica tres ediciones. Con la primera reparte al año 26 figurines iluminados, 26 hojas de patrones, 144 planchas de dibujos, 12 hojas de labores, 4 de modelos de lencería y 26 suplementos artístico literarios. Con la segunda edición reparte 52 patrones cortados, 144 planchas de dibujo, 12 hojas de labores artísticas y 4 de lencería. El precio de la primera ó de la segunda edición es 3 pesetas trimestre, 6 semestre y 12 un año; número corriente, 25 céntimos; atrasado, 50. Con la edición completa se reparten 25 figurines acnuarelas, 52 patrones cortados, 26 hojas de patrones, 12 de labores artísticas, 4 de lencería, 144 planchas de dibujos para bordar y 4 cromos de labores femeniles. El precio de esta edición es: trimestre, 5 pesetas; semestre, 10; año, 20. Número corriente, 40 céntimos; atrasado, 80. Las suscripciones por número pueden empezarse en cualquier época del año; las que se hagan por trimestres, semestres ó años, comienzan en principios de mes. Oficinas de *La Última Moda*: Velázquez, 56, hotel, Madrid.

Aquel fué un matrimonio feliz; pero como todas las venturas de la tierra, duró poco.

El capitán Luis Forte murió en campaña como un héroe, al mismo tiempo que su mujer daba á luz una preciosa niña.

Sin Luisita, Esperanza hubiese muerto al saber el triste fin de su esposo; pero la madre hizo fuerte á la mujer, y vivió para su hija.

La guerra se prolongaba y la nación exhausta tuvo que suspender el pago de las pensiones.

Doña Esperanza, como la llamaban en la vecindad, se trasladó á un cuarto interior de una modesta casa situada en los barrios bajos, y allí cosía con afán, para que no le faltase nada á su pequeña.

Jamás alma viviente traspasó los umbrales de aquella puerta, donde habían formado su nido la inocencia y el trabajo.

Los domingos, madre é hija se levantaban temprano, oían misa, rezaban por el que ya no existía, y después de almorzar, se iban á tomar el sol por las alamedas del Retiro, huyendo siempre de los sitios por donde pasean los halagados de la fortuna.

Por allí corrían y saltaban como dos chiquillas, volviendo al oscurecer á su casa para continuar al día siguiente la tarea interrumpida por la festividad.

Una tarde de invierno acabó Esperanza su obra antes del anochecer, llevándose á Luisita, que no había salido hacía algunos días, para que tomase el aire, de paso que ella iba á entregar. De vuelta del almacén, venían las dos hablando como dos mujeres y parándose delante de los escaparates, donde la niña con su media lengua hacía mil preguntas de esas insustanciales que hacen los niños y que constituyen el encanto de los padres.

En uno de los escaparates había una muñeca que, puesta de pie, tenía más estatura que nuestra chiquitina. ¡Y qué bonita era! Con su carita sonrosada, sus grandes ojos azules, sus largas pestañas pintadas, su peluca rubia, su vestido azul, y su sombrero con flores y plumas, causó la admiración de la niña, que dijo: —Mamita, yo *tero* esa muñeca, es muy mona. Cuántos besos la daría si la tuviese en brazos; *cómpamela*.

—Otro día, hija de mi alma. Esa muñeca cuesta mucho dinero y no lo tengo; pero yo te la compraré.

Después de largo rato, Esperanza logró arrancar de allí á Luisita, y muy deprimida, sin pararse más, llegaron á su habitación.

Todos los días, con la indiscreción propia de su edad, preguntaba la niña á su madre cuando iba á salir: —Mamá, ¿vas por mi muñeca?

Y la madre contestaba siempre, dándole un beso: —Hoy no, mi vida; más adelante.

Esperanza, después de acostar á su hija, veía todas las noches hasta la una ó las dos de la madrugada, dedicando el producto de su trabajo extraordinario á reunir para comprar el juguete que constituía la preocupación y la felicidad de su Luisita.

Un día llegó á la tienda y preguntó el precio de la muñeca; le contestaron que cincuenta pesetas, y ella, con la cara como una amapola, abrió la mano, miró los cinco duros que llevaba y salió precipitadamente del establecimiento sin decir ni una palabra.

No por esto abandonó su idea; siguió trabajando, y cuando ya casi tocaba al término de sus afanes, su hija enfermó. El garrotillo, esa enfermedad cruel que hace llorar á tantas madres, se acercó al lecho de Luisita, haciendo presa en ella.

Esperanza luchó con valor, disputándole á la muerte, palmo á palmo, aquel pedazo de sus entrañas.

En la tercera noche de la enfermedad de la pequeña, aprovechando un momento en que ésta dormía, salió dirigiéndose al bazar de juguetes, y una vez allí, se acercó al dueño para decirle: —Señor, yo tengo una hija que se muere; hace mucho tiempo desea esa muñeca vestida de azul que hay en el escaparate; después de largas horas de insomnio y trabajo vine por ella; me pidió un dependiente cincuenta pesetas y yo no tenía más que la mitad de esa suma; he seguido reuniendo; mi capital hoy son cuarenta pesetas: ¿quiere usted darme la y yo le traeré cuando pueda las otras diez? Por Dios se lo pido; si tiene usted hijos comprenderá mi angustia; puede que al ver ese juguete, mi hija se ponga buena.

Tanto y tanto suplicó, tantas fueron sus lágrimas, que el comerciante se apiadó, y al cabo de un rato salía Esperanza de la tienda radiante de alegría porque llevaba entre sus brazos el apetecido juguete.

Por las calles parecía una loca, corriendo y atropellando á la gente para llegar unos minutos antes.

¡Los sueños que aquella madre iba forjando con el contento de su hija, la cara de júbilo que pondría la pequeña al reconocer la muñeca de sus ilusiones! ¡Qué feliz se sentía aquella mujer con la felicidad de su Luisita!

Por fin llegó á su casa, subió los escalones de dos en dos, empujó la puerta, miró la cama, y viendo los ojos de la enfermita cerrados, la creyó dormida, proponiéndose esperar á que despertase.

Al pasar un cuarto de hora, no pudiendo contener más tiempo su impaciencia; la llamó; primero suavemente, después más fuerte, y como no obtuviese resultado, se acercó á ella, le puso la muñeca entre los brazos y entonces observó que estaba fría.

Le dió un beso y de su corazón subió á los labios un ¡Luisita! ahogado y confuso que le oprimió la garganta.

La niña estaba muerta.

Al día siguiente un coche fúnebre, blanco y muy modesto, conducía un féretro chiquitín.

En el sitio donde suelen ir colgadas las coronas que los vivos dedican á los muertos, se veía una magnífica muñeca vestida de azul.

Manuel de Castro.

Novelas de tres al cuarto

EL REY CHICO

(Continuación)

Por fin amaneció el día trágico. Entraba Pepe con el cestillo de huevos por el camino de Hueto y alguien hubo que le dijo al oído ¡ese es! Enderezó los ojos á un muchacho que venía encontrado á su dirección y sintió que le arrancaban los diablillos de la ira: sus nervios se quedaron sin acción, para recobrarla enseguida con centuplicada energía. Ya no era hombre-niño sino hombre-fiera. Cuando encaró de cerca con el despreocupado mozalvete, temblándole los labios, aferrando los pies en el suelo y mascullando unas frases que nunca logró pronunciar, dejó á las manos que siguieran todo el impulso del corazón y le arrojó con furia el cesto de huevos á las mejillas, ¡él que no había sido capaz de romper un huevo! La tortilla fué solemnizada por cuantos á la sazón discurrían por aquellos sitios: situación más desairada no podía darse, ni para la embaudrada víctima, que se limpiaba atolondrada al son de la grita que le daban los muchachos diciéndole ¡limpiate que estás de huevo!, ni para el bonachón de Pepe que apenas si se percataba de lo que le había hecho. Ni uno ni otro se atrevió á recriminarse. Tan solo al estudiante se le escapó decir en interrotas palabras y con bra-

midos de rabia: ¡ya sabré yo vengarme, tiazol!

Pepe volvió á casa á tontas, sin saber donde ponía los pies. El diálogo con su hija fué terriblemente entrecortado. ¡Ahí tienes! le dijo, arrojándole á los pies el empegotado cesto, ¡ahí tienes la venta de hoy! Merecías.... bribonaza... ¡poner á tu padre...! La muchacha soltó las presas á las lágrimas, de tal manera que se ahogaba en ellas. La comprimida tristeza de los últimos días había hallado modo de desahogarse. Su instinto de mujer enamorada lo había adivinado todo, agrandándolo desmesuradamente á través del prisma del dolor. El temido reproche había saltado: la fiera estaba en la arena, y ante ella no había otro remedio que callar. La inocencia resultaba improbable en aquellos momentos: no quedaba otro consuelo que el llanto, para templar siquiera la pena de la ausencia, que Dios sabía hasta cuando podría prolongarse. El amor es como un lecho de zarzas. Bien se yo que si en medio de su angustiada inquietud no lo dijo así Carmen, como en ocasión parecida lo dijera Romeo, hubo de pensarlo ó sentirlo, que en semejantes lances el hombre siempre es Romeo.

Dos hondos suspiros se escaparon de la fragua del pecho de Pepe como indicios de que la fiera comenzaba á blandear. Quizá aquella escena hubiera parado en melosa reconciliación, á no haber ocurrido lo que menos podía esperarse en aquel momento y lo que menos puede esperar

el lector. Estoy viendo que apenas habrá quien lo crea, pues parece más bien resorte *efectista* del arte escénico que ocurrencia de la realidad; pero si es menester mi honrada palabra, ahí va para afianzarlo. En aquel momento apareció bajo el umbral de la puerta el mismísimo asendero estudiante, con la ropa todavía no bien limpia y en actitud resuelta. Soy el ofendido, dijo, pero no vengo á vengarme, ni siquiera á quejarme, antes bien vengo á pedir perdón, si quiera por el sufrimiento que contra mis deseos he granjeado á este tranquilo y bienaventurado hogar. Estudio Filosofía y Letras por *hacer algo*, pues por ser huérfano, mayor de edad y dueño de una más que mediana fortunilla, pudiera muy bien ahorrarme de trabajar.

FR. LESCO.

(Se continuará).

ECOS LOCALES

Se ha concedido un mes de licencia al catedrático de Derecho civil de esta Universidad don José Manuel Segura.

La suscripción para socorrer á la clase obrera salmantina asciende ya á la respetable suma de 12.501'50 pesetas.

Días pasados estuvo á punto de ocurrir una sensible desgracia en el domicilio de don Antonio Juanes, vecino de esta capital.

Por un descuido de la criada se prendieron fuego las ropas de la cama donde dormía un niño de corta edad.

La pobre criatura resultó con varias quemaduras en las piernas.

Otro niño más pequeño, que estaba en una cuna, corrió el riesgo de morir asfixiado.

Gracias al pronto auxilio de los padres fueron salvados los niños de una muerte cierta.

Nuestro particular amigo el catedrático de Derecho don Salvador Cuesta, ha sido nombrado magistrado suplente de esta Audiencia provincial.

Se halla abierto el pago de los haberes correspondientes al segundo trimestre del año económico actual, para el personal de maestros jubilados y pensionistas de esta provincia.

Habiendo terminado el periodo de ampliación del ejercicio económico de 1896 á 97, los ayuntamientos deben proceder inmediatamente, ó sea en la primera quincena del mes actual, á liquidar el primer periodo.

Muy en breve se comenzará, por dependientes del Ayuntamiento, la cobranza de las cantidades que figuran en la suscripción popular.

SALAMANCA
Establecimiento Tipográfico *La Nueva Aldina*
4 y 6, Leones, 4 y 6
1897

LA CLAVE

DIARIO ILUSTRADO

NO SE PUBLICA LOS DIAS FESTIVOS

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Salamanca.	3'50 pts. trimestre
Fuera de la Capital.	4 id. id.
Número suelto	5 céntimos.
Id. atrasado.	10 id.

SE ADMITEN ANUNCIOS

Este periódico, de una veraz información política, noticias generales y locales, artículos de crítica y literarios, etc., unirá la novedad de tener TODOS LOS DIAS preciosas ilustraciones, la mayor parte de sucesos de actualidad.

A pesar de los numerosos gastos que supone la publicación á diario de buenos grabados, y gracias á una combinación especial, los precios de suscripción y venta son tan económicos como los de los diarios no ilustrados.

DIRECCION, REDACCION Y ADMINISTRACION: LEONES, 4 Y 6